La excursión de caza

Un libro de lectura de Reading A–Z • Nivel R
Número de palabras: 929

Reading a-z

Visite **www.readinga-z.com**
para obtener miles de libros y materiales.

LECTURA • R

La excursión de caza

Escrito por Katherine Follett
Ilustrado por John Kastner

www.readinga-z.com

La excursión de caza

Escrito por Katherine Follett
Ilustrado por John Kastner

www.readinga-z.com

La excursión de caza
(The Hunting Trip)
Un libro de lectura Nivel R
© Learning A–Z, Inc.
Escrito por Katherine Follett
Ilustrado por John Kastner
Traducido por Lorena F. Di Bello

Todos los derechos reservados.

www.readinga-z.com

José subió sigiloso por la improvisada escalera, que no era más que unas tiras de recortes de madera clavadas al tronco del antiguo roble. Se subió a una delgada hoja de madera terciada que hacía de piso de la caseta en el árbol. Con suavidad puso el rifle hacia abajo y tomó asiento en una de las dos sillas de aluminio plegables mientras su papá lentamente lo seguía.

José se dio cuenta de que su padre estaba un poco fatigado cuando llegó arriba, y vio que se detuvo para sacar un termo de humeante café del profundo bolsillo de su chaqueta y hacía muecas a medida que iba tragando. José sintió que se le oprimía el pecho y se dio cuenta de que había estado sosteniendo la respiración durante un largo rato. Se acordó lo que le aconsejó su padre para los nervios, "respirar profundamente siempre hace mejor de lo que te puedes imaginar" y se llenó los pulmones de aire. Su padre lo escuchó exhalar.

—¿Estás nervioso? —preguntó.

—No . . . bueno, un poquito —admitió José.

—Recuerda que somos los únicos que estamos aquí afuera en kilómetros. Sería el único que te vería si hicieras algo vergonzoso y te he visto hacer muchas cosas vergonzosas —su padre soltó una risa.

—Ya sé —José dijo. Tomó otro profundo respiro, saboreando la frescura del bosque que lo rodeaba, viendo cómo la nube de vapor se materializaba frente a su cara. Pero aún así agarraba el cañón de su rifle con tanta fuerza que se le durmieron los dedos. Lamentaba estar tan ansioso, sin poder disfrutar verdaderamente de la belleza del bosque que los rodeaba. El gran prado que estaba por debajo de la caseta del árbol estaba oscuro y escarchado en esta temprana mañana de noviembre.

—Ahora que estamos ubicados en nuestro lugar, tendremos que esperar tranquilamente por media hora antes de que los animales olviden que estamos aquí. Hasta ese momento, probablemente no veamos nada— el padre de José explicó.

Estar quieto por media hora se hacía eterno, y como había prometido su padre, no vieron nada. Pero cuando la manecilla de los minutos del reloj de José estaba por darse por vencida y quedarse congelada, escuchó un crujido, una ardilla. Pronto escuchó otras criaturas; grajos y cuervos aleteaban por sobre sus cabezas, graznando y gritando, y haciendo que José se quedara pensando si el aliento de los pájaros también dejaba pequeñas nubes en el aire. Tres o cuatro conejos curioseaban entre un montículo de hojas que estaba debajo del puesto del árbol. De repente José y su papá escucharon las bruscas pisadas de la presa que se acercaba, el ciervo de cola blanca.

Todos los consejos sobre la caza que el padre de José le había dado comenzaron a pasar por la cabeza de José: —Nunca dispares a menos que estés absolutamente seguro de que ves la cornamenta, de lo contrario podrías estar matando una cierva, o lo que es peor, otro cazador. Si no puedes ver más de la mitad del cuerpo del ciervo entero, estás demasiado lejos y hay demasiados árboles y arbustos entre tú y él. Apunta apenas más arriba de donde quieras disparar, ya que los ciervos se mueven cuando menos lo esperas. —Como si estuviera completando una lista que José tenía en la cabeza, un ciervo vino caminando suavemente y se hizo visible. Definitivamente tenía cornamenta, estaba a plena vista y José apuntó su rifle apenas más arriba de su pecho. El ciervo era grande y lustroso con ojos marrones suaves y una rabadilla blanca debajo de su movediza cola. José lo marcó en su mira y sentía el gatillo bajo su dedo.

—José —su padre dijo, casi sin siquiera susurrar mientras apuntaba con su barbilla hacia el ciervo, “adelante”.

—No —José dijo en voz alta, bajando el rifle. El ciervo seguro lo escuchó, ya que giró las orejas hasta que todos sus sentidos se concentraron en el puesto del árbol, alerta y confuso, hasta que se fue al trote corto.

—¿Estás enojado conmigo? —José le preguntó a su padre.

—No, José, no lo estoy. En realidad, yo hice lo mismo la primera vez que fui de caza con mi padre.

José se sintió aliviado. —¿De verdad? —dijo.

—Tengo mucho tiempo para pensar cuando estoy aquí solo en el puesto del árbol y me di cuenta de algo sobre la caza. Cuando compramos carne en el supermercado, nunca vemos de qué animal viene. Pero cuando cazamos, vemos el animal, y le disparamos al animal y lo llevamos a casa y nos comemos su carne. Es más que sólo comer, es una interacción entre una persona y un animal. Y a veces el animal te mira y tú sabes que no deberías dispararle. A veces me siento orgulloso de atrapar un ciervo, como si ganara una carrera o fuera un puma que atrapó su presa. Pero a veces me siento como tú te sientes y estoy contento de que tengas ese sentimiento también. Si disparas aun cuando tu corazón te dice que no, eso quieres decir que estás matando sin que te importe, sin prestar atención a la interacción entre tú y el animal. Algunas personas nunca disparan, y algunas personas creen que cazar no está bien y eso está bien también.

José inhaló profundamente y se relajó por primera vez en toda la mañana. Su padre sacó el termo otra vez, retiró la tapa de un tirón, la llenó y se la dio a José.

—¿Quieres que tome café? —José preguntó.

—Es chocolate caliente —su padre respondió—. Lo traje para ti.